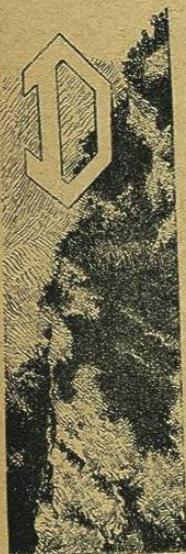


## IV



IEZ y seis años tenía yo cuando llegó Leoni á Bruselas. La primera vez que le ví fué en el teatro, en el que me hablaba con mi madre en un palco bajo, muy inmediato á las lunetas donde estaba él con los jóvenes más elegantes y ricos. Mi madre fué la primera que me le hizo reparar, porque la buena señora andaba siempre á caza de un marido para mí, y le buscaba entre los jóvenes más elegantes y gallardos. Esto era todo para ella; el linaje y la riqueza no la seducían sino como los accesorios de cosas más importantes á sus ojos, la figura y los modales. Un hombre superior medianamente vestido no le hubiera inspirado más que

desdén: era preciso que su yerno tuviese un corbatín perfecto, fraques hechos en París, y aquella especie de insignificante palabrería que tanto ayuda á brillar en los salones.

Yo, por mi parte, no hacía ninguna comparación entre unos y otros; descansaba ciegamente en la elección de mis padres, y ni deseaba ni temía casarme.

Mucho agradó Leoni á mi madre; verdad que su figura no puede ser más hermosa, y que posee el secreto de estar holgado, natural y airoso con sus vestidos ajustados y sus modales de dandy (1). Esto no obstante, es seguro que no sentí al verle ninguna de aquellas conmociones romanescas que hacen presagiar su futuro destino á las almas ardientes; miréle un instante por obedecer á mi madre, y no le hubiera vuelto á mirar si no me hubiera ella obligado á hacerlo con sus continuas exclamaciones y la curiosidad que manifestó de saber su nombre. Un joven, conocido nuestro, á quien llamó para pedirle noticias suyas, le respondió que era un noble veneciano, amigo de uno de los primeros comerciantes de la ciudad; que parecía ser riquísimo y que se llamaba Leone Leoni.

Esta respuesta entusiasmó á mi madre; justamente el comerciante amigo de Leoni daba al día siguiente un gran baile al que estábamos convidadas. Ligera y crédula como lo era en sumo grado, bastóle á mi madre haber oído decir superficialmente que Leoni era rico y noble, para poner los ojos en aquel extranjero; aquella misma noche me habló de él, y me encargó que hiciese todo lo posible para cautivarle. Sonreí al oírla y me dormí exactamente á la misma hora que las otras noches, sin que el recuerdo de Leoni acelerara ni un segundo los latidos de mi corazón, porque estaba yo demasiado acostumbrada á oír formar para mí semejantes proyectos, para que me causase éste notable impresión. Mi madre decía que era yo tan juiciosa que no se me debía tratar como á una niña;—la pobre señora no conocía que era ella mucho más niña que yo.

Vistióme al día siguiente con tanto cuidado y primor, que todos á una voz me proclamaron la reina del baile; pero esto al principio no sirvió de nada absolutamente: por ninguna parte veíamos á Leoni, y mi madre creyó que había salido ya sin duda de Bruselas. Incapaz de moderar su impaciencia, preguntó al dueño de la casa qué había sido de su amigo el veneciano.

(1) Es voz inglesa, pero adoptada ya en casi todas las lenguas, para expresar lo que llamamos un lechuguino ó petimetre. Tan castellana es aquella palabra por lo menos como esta última. (N. del T.)

—¡ Ah! —dijo Mr. Delpech—¿ ya ha reparado usted en mi veneciano?

Echó sonriendo una ojeada sobre mi espléndido tocado y comprendió.

—Es un arrogante mozo—añadió,—de ilustre cuna y muy á la moda en Londres y en París; pero no debo ocultar que es un desafortunado jugador, y que si no le ve usted por ahí es porque prefiere las cartas á las mujeres.

—¡ Jugador! —dijo mi madre—¡ qué vicio tan feo!

—¡ Ya! —repuso Mr. Delpech—pero cuando hay medios para sostenerle!...

—En efecto—dijo mi madre; y esta observación la convenció hasta el punto de no volver á pensar en la pasión de Leoni al juego.

Pocos momentos después de esta breve conversación, entró Leoni en el salón donde estábamos bailando. Ví que Mr. Delpech le hablaba al oído mirándome, y que Leoni me buscaba con los ojos, hasta que guiado sin duda por las indicaciones de su amigo, me descubrió entre el gentío y se acercó á mí para verme mejor. Conocí entonces que seguramente me estaban haciendo hacer un papel algo ridículo, porque ciertamente había un no sé qué de irónico en la admiración de su mirada, y por primera vez de mi vida me sonrojé y me sentí corrida.

Aquel sonrojo se convirtió en una especie de dolor, cuando ví que al cabo de algunos instantes volvió Leoni á la sala de juego; me pareció verme escarnecida, desdeñada, y todo el despecho que sentí por ello recayó sobre mi madre. Como nunca me había sucedido semejante cosa, no pudo menos de admirarse de ver mi ceño.

—Vamos—me dijo también algo enojada,—yo no sé lo que tienes, pero te pones fea. Vámonos.

Levantábase para irse conmigo, cuando cruzó Leoni la sala con rapidez y fué á sacarla para el primer vals. Este incidente inesperado le devolvió su alegría; púsome en las manos sonriendo su abanico, y desapareció con él en el torbellino de los bailarines.

Como mi madre era aficionadísima á bailar, nos acompañaba siempre á los bailes una tía mía, hermana de mi padre y mayor que él, que me servía de Argos cuando no baila-

ba yo al mismo tiempo que mi madre. M.<sup>l</sup>te Ágata—así se llamaba mi tía,—era una soltera algo machucha, de un carácter igual y frío; más sensatez tenía ella sola que toda la familia junta, pero no estaba exenta de cierta propensión á la vanidad, que es el escollo de todos los que de nada llegan á ser algo. Aunque la pobre señora hacía un triste papel en la sociedad, nunca se quejaba de la obligación de acompañarnos á ella, pues de este modo tenía ocasión de lucir en su edad madura algunos riquísimos trajes que no había tenido medios de procurarse en su juventud. Hacía pues mi tía gran caso del dinero, pero no era igualmente accesible á todas las seducciones del mundo; conservaba allá en el fondo de su alma un odio inveterado á los nobles, y no perdía ocasión de denigrarlos y ponerlos en ridículo, cosa que solía hacer con bastante gracia.

Astuta y penetrante, acostumbrada á no obrar por sí y á observar las acciones de los demás, fácilmente conoció la causa de mi pasado enojo. La natural propensión de mi madre á hablarlo todo, le había puesto al corriente de sus intenciones acerca de Leoni, y el semblante juntamente amable, altivo y burlón del veneciano, le revelaba muchas cosas que no comprendía mi madre.

—Mira, Julieta—me dijo acercándoseme al oído,—ahí tienes un gran señor que se está burlando de nosotras.

Estas palabras me causaron un estremecimiento doloroso; lo que me decía mi tía estaba completamente de acuerdo con mis presentimientos: aquella era la primera vez que veía yo clara y distintamente en el semblante de un hombre el desprecio á nuestra clase. Mi madre me había acostumbrado á reirme del que las mujeres nos manifiestan sin rebozo, y á mirarlo como una prueba de envidia; pero nuestra hermosura nos había preservado hasta entonces del desdén de los hombres, por lo que al punto me convencí de que Leoni era el más insolente que existió jamás; llegó á inspirarme un verdadero odio, y cuando después de haber dejado á mi madre en una silla, vino á sacarme para el primer rigodón, rehusé su oferta con insultante altanería. Su rostro manifestó tanta sorpresa, que bien conocí hasta qué punto contaba él con ser bien recibido; aquel triunfo de mi orgullo me causó una sensación deliciosa, y me senté junto á mi madre declarando que

estaba cansada Leoni se separó de nosotras haciendo un profundo saludo á la manera de los italianos, y echándome una mirada de curiosidad en que siempre se traslucía lo burión de su carácter.

Atónita mi madre en vista de mi conducta, empezó á temer que fuese yo capaz de tener una voluntad mía: empezó por hablarme con dulzura, esperando que al cabo de algún tiempo consentiría en bailar, y que Leoni me sacaría de nuevo; pero me obstiné en no menearme de mi asiento. Al cabo de una hora oímos repetidas veces entre el confuso rumor del baile el nombre de Leoni; un joven dijo á otro al pasar junto á nosotras que Leoni perdía seiscientos luíses (1).

—¡Bravo!—dijo mi tía con sequedad.—¡Bien hará en buscar una novia que tenga buen dote!...

—¡Oh! para nada lo necesita—repuso otro.—¡Es tan ricol!

—Ahora está bailando—añadió una dama—y cierto que no parece nada desazonado.

Leoni bailaba en efecto, y su semblante no revelaba la menor inquietud. Acercóse luego á nosotras, echó algunos cumplimientos á mi madre con la soltura de un hombre de la alta sociedad, y procuró luego hacerme hablar dirigiéndome algunas preguntas indirectas, pero guardé un obstinado silencio y él se alejó con aire indiferente. Desesperada mi madre, salió conmigo del baile.

Por primera vez de mi vida me regañó, y yo también por primera vez la puse ceño; mi tía me dió la razón, y declaró que Leoni era un fatuo y un calavera. Mi madre, que nunca se había oído contradecir de aquel modo, echó á llorar, y yo por mi parte hice otro tanto.

Con estas pequeñas desazones empezaron el influjo de Leoni y el del funesto destino á que me reservaba, á turbar el profundo sosiego en que siempre había yo vivido. No te diré con los mismos detalles lo que pasó en los días siguientes; no conservo de ello un recuerdo muy exacto, y el principio de la ciega pasión que llegó á inspirarme, me parece siempre como un sueño incomprensible en que no puede poner orden alguno mi corazón: lo cierto es que Leoni se mostró picado,

(1) Moneda de oro del valor de cuatro duros. (N. del T.)

sorprendido y como dominado por mi frialdad, y que al instante empezó á tratarme con un respeto que lisonjeaba mi orgullo ofendido. Veíale todos los días en los bailes, en el teatro y en los paseos, y no tardó en desvanecerse mi aversión en vista de las extraordinarias y humildes atenciones que me prodigaba. En vano mi tía procuraba avivar el desapego que su petulancia me inspiró al principio, porque no hallaba ya en sus modales ni en sus palabras nada que me ofendiese; hasta me parecía que había perdido su rostro aquella expresión de sarcasmo que tanto me desagradó la primera vez que le ví. Sus miradas tomaban de día en día una suavidad y una ternura indecibles; no parecía ocupado más que en complacerme, y sacrificando su afición á las cartas, pasaba las noches enteras bailando con mi madre ó conmigo, ó hablando con nosotras. Pronto le ofreció mi madre nuestra casa: mi tía me anunciaba que hallaría en nuestra familia mil motivos para reírse de nosotros, y que, aunque aparentara lo contrario, le darían frecuentes ocasiones de echarla de gracioso á costa nuestra con sus amigos. Vino á vernos, y para colmo de desdichas, mi padre, que se hallaba en la puerta de su tienda, le hizo entrar por ella en nuestra casa; aquella casa que nos pertenecía era hermosísima, y mi madre la había hecho decorar con un gusto exquisito; pero mi padre, que no se complacía más que en las ocupaciones de su comercio, no había querido en manera alguna llevar á otra parte sus armatostes de perlas y de diamantes. Era por cierto un espectáculo magnífico



el que presentaba aquella cortina de brillantes pedrerías detrás de las anchas puertas de cristal que la protegían, y seguramente que no le faltaba razón á mi padre para decir que no podía hallar decoración más espléndida para un cuarto bajo. Mi madre, que nunca había tenido hasta entonces más que algunos chispazos de ambición para acercarse á la nobleza, no había visto con gran disgusto su nombre grabado en grandes letras de extras debajo del balcón de su alcoba; pero cuando desde aquel balcón vió entrar á Leoni en la fatal tienda, nos creyó perdidas, y fijó en mí sus ojos con profunda ansiedad.



## V

En los primeros días que precedieron á éste, había yo sentido en mí como la revelación de una altivez que antes no conocía. Sentíla avivarse en aquel momento, é impelida por un movimiento irresistible, quise ver en qué tono hablaba Leoni en el mostrador de mi padre, porque como tardaba en subir, supuse con razón que le había detenido para enseñarle, según costumbre, las maravillas de su trabajo. Bajé intrépidamente á la tienda y entré aparentando alguna sorpresa de hallarme con Leoni. Aquella tienda me estaba vedada en todo tiempo por mi madre, cuyo más vivo temor era que me tomaran por una tendera; pero, á pesar de todo, solía yo hacer mis escapatorias para ir á dar un beso á mi pobre padre que no tenía mayor placer que el de recibirme en ella.

Apenas me vió entrar, rompió en una exclamación de alegría, y dijo á Leoni:

—Mire usted, mire usted, señor barón, todo eso no vale nada: aquí tiene usted mi mejor diamante.

El rostro de Leoni reveló una emoción deliciosa; sonrió enternecido á mi padre, y á mi apasionado. Jamás habían encontrado mis ojos una mirada como aquella, y así me puse encendida como la grana; un sentimiento de alegría y de ternura desconocida trajo una lágrima á mis párpados, mientras me daba mi padre un beso en la frente.

Quedamos algunos instantes sin hablarnos, hasta que Leoni, volviendo á anudar la conversación, halló medio de decir á mi padre todo lo que podía halagar su amor propio de artista y de comerciante. Aparentó que hallaba el mayor placer en hacerse explicar por medio de qué trabajo se sacan las piedras preciosas de un guijarro en bruto para darles el brillo y la transparencia; él mismo dijo sobre el particular cosas muy interesantes, y dirigiéndose á mí, me dió algunos detalles mineralógicos que podían estar á mis alcances. Confundida quedé del talento y la gracia con que sabía realzar y ennoblecer nuestra condición á nuestros propios ojos: hablónos de los trabajos de platería que había tenido ocasión de ver en sus viajes, y nos ponderó, sobre todo, las obras de su compatriota Cellini (1), á quien puso al nivel de Miguel Ángel. Atribuyó en fin tanto mérito á la profesión de mi padre, y dió tantos elogios á su habilidad, que casi dudé si era la hija de un laborioso artesano ó de un hombre de genio.

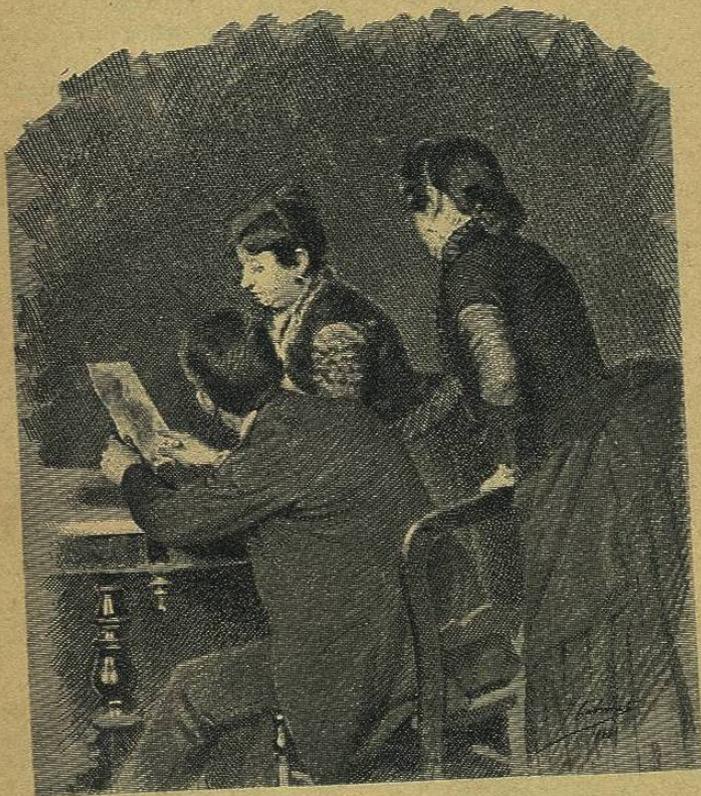
Aceptó mi padre esta última hipótesis, y encantado de la labia del veneciano, le llevó al cuarto de mi madre. Tuvo Leoni durante aquella visita tanto tacto, y habló de todo con tanto tino y talento, que quedé fascinada escuchándole; ja-

(1) El célebre Benvenuto Cellini, platero y escultor de tanto mérito, que en 1774 se vendió en Italia una taza de plata cincelada por él por el valor de ochocientos luises de oro. Es falso que Cellini fuese veneciano como decía Leoni; aquel admirable artista nació en Florencia en 1500, y murió en la misma ciudad en 1570. Escribió en 1568 dos tratados sobre el modo de trabajar en oro y en mármol;—era inimitable en el arte de engastar las piedras preciosas, de esculpir en bronce figuras de bajo-relieve y en todo lo relativo á su profesión. Dedicóse en fin á la escultura en mármol y á fundir estatuas de varios metales. Aún se admira un crucifijo de mármol que hizo para la capilla del palacio Petti y otras obras que excitaron la envidia de los más famosos escultores de su tiempo. Su extraordinario talento le granjeó la protección del papa Clemente VII, quien le confió la defensa del castillo de San Angelo, sitiado por el condestable de Borbón, en la que se portó con no menos prudencia que valor; él mismo refiere en su vida que mató de un tiro de alconete al condestable de Borbón.—(N. del T.)

más había yo ni aun concebido la idea de un hombre semejante. Los que me habían designado como aquellos que pasaban por los más amables, eran tan insignificantes y nulos en comparación de Leoni, que me parecía estar soñando. Era yo demasiado ignorante para apreciar todo el saber y la elocuencia de Leoni, pero le comprendía instintivamente; todo en él me seducía y me dominaba.

Seguramente, Leoni es un hombre dotado de facultades extraordinarias. Al cabo de pocos días logró excitar en la ciudad un buen humor general; Leoni posee todos los talentos, todas las seducciones. Si asistía á un concierto, después de haberse hecho rogar un poco, cantaba ó tocaba todos los instrumentos con una superioridad evidente sobre los músicos de profesión; si consentía en pasar la noche en una reunión de familia, sin diversión ni etiqueta, hacía dibujos preciosos en el álbum de cada señora. En un momento bosquejaba retratos llenos de chispa ó caricaturas graciosísimas; improvisaba ó declamaba en todas las lenguas; sabía todos los bailes característicos de Europa, y los bailaba todos con una gracia hechicera; todo lo había visto, conservado en la memoria, juzgado, comprendido; todo lo sabía; leía en el universo como en un libro abierto. Representaba admirablemente comedias y tragedias; organizaba compañías de aficionados, y él era el jefe de orquesta, el primer galán, el que hacía las decoraciones, el que las pintaba, el apuntador, el tramoyista. Siempre se hallaba al frente de todas las partidas de campo y de todas las diversiones; verdaderamente podía decirse que el placer seguía sus huellas, y que todo, con su presencia, tomaba nuevo aspecto. Todos le escuchaban con entusiasmo y le obedecían ciegamente; creían en él como en un profeta, y si hubiera prometido traer la primavera en mitad del invierno le hubieran creído capaz de cumplirlo. Al cabo de un mes de estar él en Bruselas había cambiado realmente el carácter de los habitantes; el placer reunía á todas las clases, allanaba todos los caracteres, destruía todas las rencillas, confundía todas las categorías; no pasaba un día en que no hubiese cabalgatas, fuegos artificiales, comedias caseras, conciertos, bailes de máscaras. Leoni era desprendido y aun rumboso: los jornaleros hubieran armado por él un motín: sembraba beneficios á manos llenas, y hallaba oro

y tiempo para todo; sus caprichos llegaban á ser al instante los caprichos de todos; las mujeres estaban locas por él, y los hombres se sentían de tal modo subyugados por su ascendiente, que no se acordaban de tenerle envidia.



¿Cómo en medio de semejante entusiasmo hubiera yo podido permanecer insensible á la gloria de ser galanteada por el hombre que fanatizaba á toda una provincia? Leoni nos consagraba todos sus obsequios, por lo que mi madre y yo éramos las mujeres más de moda en el pueblo. Siempre presidíamos con él á todas las diversiones; él nos ayudaba á os-

tentar un lujo desenfrenado; dibujaba nuestros tocados y componía nuestros trajes de capricho, porque de todo entendía, y aun en caso de necesidad creo que hubiera podido hacer nuestros vestidos y nuestros turbantes. Por estos medios logró granjearse el cariño de toda la familia; mi tía fué la más difícil de conquistar. Mucho tiempo resistió al torrente de la seducción, y nos afligió con sus tristes observaciones.—Leoni, decía ella, era un hombre de pésima conducta, un jugador incorregible; ganaba y perdía todas las noches el capital de veinte familias, y sería capaz de devorar el nuestro en dos horas. Pero Leoni tomó á su cargo la difícil empresa de catequizarla, y logró apoderarse de su vanidad con singular talento. Pronto desaparecieron todos los obstáculos; mi padre le ofreció mi mano con un dote de dos millones. Mi tía, sin embargo, hizo observar que era preciso tomar informes más circunstanciados sobre los medios y condición de aquel extranjero, observación á que sonrió Leoni y prometió que presentaría sus títulos de nobleza y de propiedad en menos de veinte días; por lo demás, miró muy por cima la redacción del contrato, que se extendió con la mayor liberalidad y franqueza por parte de mi familia; ni siquiera sabía él al parecer lo que yo le llevaba. M. Delpech y, por lo que habían oído á éste, todos los nuevos amigos de Leoni, aseguraban que era cuatro veces más rico que nosotros, y que casándose conmigo, lo hacía sólo por amor. Yo, por mi parte, fácilmente me dejé persuadir; nunca había sido engañada, y no me figuraba los falsarios y los estafadores más que bajo los harapos de la miseria y las apariencias de la ignominia...

Un sentimiento doloroso oprimió al llegar á este punto el corazón de Julieta. Calló por un momento, y me miró con ojos desencajados.

—¡Pobre niña!—la dije—Dios hubiera debido protegerte.

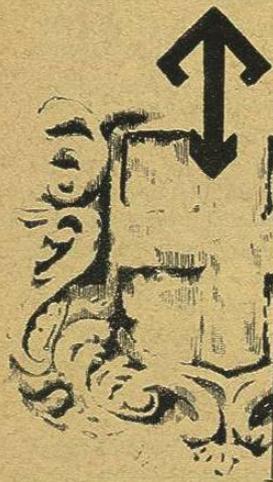
—¡Oh!—dijo frunciendo ligeramente sus cejas de ébano—acabo de pronunciar unas palabras horribles... ¡Dios me las perdone! No tengo odio en el corazón, y no acuso á Leoni de ser un malvado; no, no, porque no puedo avergonzarme de haberle amado. Es un infeliz á quien es preciso compadecer. ¡si supieras!... Pero todo te lo diré, todo.

—Prosigue tu historia—la dije;—bastante culpable es Leoni; tú no le acusas más de lo que él merece.

Julieta prosiguió de este modo :

—La verdad es que él me amaba de veras, y me amaba sólo por mí; bien lo probó el tiempo. No menees la cabeza, Bustamante; Leoni es un cuerpo robusto, animado de un alma inmensa; todas las virtudes y todos los vicios, todas las pasiones culpables y santas hallan cabida en su corazón al mismo tiempo. Nadie ha querido juzgarle imparcialmente: bien lo decía él, yo sola le he conocido y le he hecho justicia. Su lenguaje era tan nuevo para mí, que me tenía como encantada; acaso la absoluta ignorancia en que yo había vivido de todo lo relativo á los misterios del corazón, hacía que me pareciese aquel lenguaje más delicioso y extraordinario de lo que hubiera parecido á una joven más experta; pero creo (y otras mujeres lo creen también) que ningún hombre en el mundo ha sentido y expresado el amor como Leoni. Superior á los otros hombres, así en el mal como en el bien, hablaba otra lengua, tenía otras miradas, tenía también otro corazón. Me acuerdo de haber oído decir á una francesa que un ramillete en la mano de Leoni tenía más perfume que en cualquiera otra, y lo mismo sucedía en todo; él daba lustre á las cosas más sencillas y rejuvenecía las menos nuevas; le rodeaba un prestigio al que ni podía ni deseaba sustraerme. Empecé, en fin, á amarle con toda mi alma. Desde aquel momento me sentí crecer á mis propios ojos. Ya fuese obra de Dios, de Leoni ó del amor, lo cierto es que se desarrolló un alma fuerte en mi débil cuerpo; cada día se revelaba á mi mente un mundo de pensamientos nuevos. Una palabra de Leoni hacía nacer en mí más sensaciones que los frívolos discursos que había yo oído antes en toda mi vida, y estos progresos míos le causaban á él alegría y orgullo. Quiso dárles nuevo impulso y me trajo libros, de los que sólo miró mi madre la cubierta dorada, el tafílete y las estampas; apenas hizo alto siquiera en los títulos de las obras que iban á trastornar mi cabeza y mi corazón. Eran sin embargo aquellas obras, hermosos y castos libros, casi todos escritos por mujeres sobre historias de mujeres: Valeria, Eugenia Rothelin, Mademoiselle de Clermont, Delfina. Aquellas apasionadas y patéticas lecturas, aquellos bosquejos de un mundo ideal para mí, elevaron mi alma, pero la abrasaron: me hice novelesca, que es el carácter más desgraciado que puede tener una mujer.

## VI



RES meses habían bastado para esta mudanza; ya estaba á punto de efectuarse mi boda con Leoni. De todos los papeles que había prometido presentar, sólo habían llegado su fe de bautismo y su ejecutoria de nobleza; en cuanto á las pruebas de su opulencia, las había pedido á otro abogado, y como no llegaban, y esta dilación retardaba nuestro enlace, ya no conocían límites su pena y su despecho. Una mañana fué á vernos con aire desesperado; nos enseñó una carta sin sello que acababa de recibir por una ocasión particular, en la que le anunciaban que había muerto su apoderado, y que su sucesor, habiendo hallado todos los papeles en completo desorden, tenía que trabajar mucho para examinarlos, y necesitaba una ó dos semanas por lo menos antes de poder enviar á su Señoría los documentos que reclamaba. Aquel contra-tiempo tenía á Leoni furioso y desolado; estaba seguro, decía,